

“El niño que sobrevivió”

(Fragmento del Capítulo uno de
Harry Potter y la piedra filosofal, de J.K. Rowling)

“El señor y la señora Dursley, del número cuatro de Privet Drive, estaban orgullosos de decir que eran perfectamente normales y muy agradecidos por ello. Eran las últimas personas que uno esperaría encontrar involucradas en algo extraño o misterioso, porque no aceptaban esas tonterías.

El señor Dursley era el director de una empresa llamada Grunnings, que hacía taladros. Era un hombre corpulento y rollizo, casi sin cuello, pero con un bigote muy largo. La señora Dursley era delgada y rubia y tenía un cuello casi el doble de largo de lo habitual, lo que le resultaba muy útil, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo estirándolo sobre las verjas de los jardines, para espiar a sus vecinos. Los Dursley tenían un hijo pequeño llamado Dudley, y para ellos, no había un niño mejor que él.

Los Dursley tenían todo lo que querían, pero también tenían un secreto, y su mayor temor era que alguien pudiera descubrirlo. No creían poder soportar que alguien descubriera lo de los Potter. La señora Potter era hermana de la señora Dursley, pero no se veían desde hacía años; de hecho, la señora Dursley simulaba que no tenía una hermana, porque su hermana y su marido, un inservible, eran todo lo contrario de los Dursley. Los Dursley se estremecían al pensar en lo que dirían los vecinos si los Potter aparecieran en la vereda. Los Dursley sabían que los Potter también tenían un hijo pequeño, pero nunca lo habían visto. Ese niño era otra buena razón para mantener alejados a los Potter: no querían que Dudley se juntara con un niño como ese.

Nuestra historia comienza cuando el señor y la señora Dursley se despertaron ese martes gris y nublado. No había nada en el cielo con nubes que sugiriera que cosas extrañas y misteriosas muy pronto ocurrirían por toda la región. El señor Dursley tarareaba mientras elegía su corbata más aburrida para el trabajo y la señora Dursley parloteaba feliz mientras forcejeaba para colocar al chillón Dudley en su silla alta.

Ninguno de ellos notó una gran lechuza rojiza que pasaba volando por la ventana.

A las ocho y media, el señor Dursley tomó su portafolio, besó a la señora Dursley en la mejilla y trató de despedirse de Dudley con un beso, pero no pudo porque Dudley tenía un berrinche y tiraba su cereal contra las paredes. “Chiquilín”, exclamó entre dientes el señor Dursley, mientras salía de la casa. Se metió en su coche y se alejó del número cuatro.

Al llegar a la esquina se dio cuenta de la primera señal de algo singular: un gato que leía un mapa. Por un segundo, el señor Dursley no se dio cuenta de lo que había visto, pero luego torció la cabeza para mirar otra vez. Había un gato atigrado en la esquina de Privet Drive, pero no se veía ningún mapa. ¿En qué había estado pensando? Sin duda, era un problema de la luz. El señor Dursley parpadeó y contempló al gato. Le devolvió la mirada. Mientras el señor Dursley daba vuelta la esquina y tomaba la calle, observó al gato por el espejo. Ahora estaba leyendo el cartel que decía *Privet Drive*, no, *mirando* el cartel, los gastos no pueden leer carteles ni mapas. El señor Dursley se sacudió apenas y alejó al gato de sus pensamientos.

Mientras conducía hacia la ciudad, no pensó en otra cosa que en la gran cantidad de pedidos de taladros que congiaba conseguir ese día.

Pero en las afueras de la ciudad, algo alejó los taladros de su mente. Mientras esperaba en el habitual congestionamiento matinal del tránsito, no pudo dejar de notar una cantidad de gente vestida en forma extraña. Gente con capas. El señor Dursley no soportaba la gente que usaba ropa ridícula. ¡Los conjuntos que usaba la gente joven! Supuso que ésa debía de ser alguna estúpida moda nueva. Tamborileó con los dedos sobre el volante y su mirada se posó en ese montón de extraños que estaban allí cerca. Cuchilleaban entre ellos, muy excitados. El señor Dursley se enfureció al darse cuenta de que un par de ellos no eran jóvenes. Ese hombre era mayor que él ¡y vestía una capa verde esmeralda! ¡Qué atrevido! Pero entonces se le ocurrió al señor Dursley que tal vez eso era una tonta manera de llamar la atención -esa gente evidentemente hacía una colecta para algo-, sí, tenía que ser eso. El tránsito avanzó y unos pocos minutos más tarde, el señor Dursley llegó al estacionamiento de Grunnings, pensando nuevamente en los taladros.

El señor Dursley siempre se sentaba de espaldas a la ventana, en su oficina en el noveno piso. Si no lo hubiera hecho así, le habría resultado difícil concentrarse esa mañana en los taladros. No vio las lechuzas que volaban a plena luz del día, aunque la gente en la calle sí las veía y las señalaba con la boca abierta, mientras pasaban una tras otra las lechuzas. La mayoría de ellos no había visto una lechuza ni siquiera de noche. Sin embargo, el señor Dursley tuvo una mañana perfectamente normal, sin lechuzas. Gritó a cinco personas diferentes. Hizo varias llamadas telefónicas importantes y gritó un poco más. Estaba de muy buen humor hasta la hora de almorzar, cuando decidió estirar las piernas y cruzar la calle para comprarse un bollo en la panadería.

Había olvidado a la gente con capas hasta que pasó a un grupo de ellos cerca de la panadería. Al pasar, los miró enojado. No sabía por qué, pero lo hacían sentir inseguro. Este grupo también susurraba con excitación y no pudo ver ni una alcancía. Cuando regresaba con un gran bollo en una bolsa de papel, alcanzó a oír unas pocas palabras de lo que decían.

- Los Potter, eso es, eso es lo que escuché...
- Sí, el hijo de ellos, Harry...

El Señor Dursley se quedó petrificado. El temor lo invadió. Se volvió hacia los que murmuraban, como si quisiera decirles algo, pero se contuvo.

Se apresuró a cruzar la calle y corrió hasta su oficina, gritó a su secretaria que no lo molestaran, tomó el teléfono y casi había terminado de marcar los números de su casa cuando cambió de idea. Dejó el aparato y se estrujó los bigotes mientras pensaba... no, era un estúpido. Potter no era un apellido tan especial. Estaba seguro de que había muchísima gente que se llamaba Potter y tenía un hijo llamado Harry. Y pensándolo mejor, ni siquiera estaba seguro de si su sobrino se llamaba Harry. Nunca había visto al niño. Podría llamarse Harvey. O Harold. No tenía sentido preocupar a la señora Dursley, quien siempre se molestaba mucho ante cualquier mención de su hermana. No la culpaba... si *él* hubiera tenido una hermana así... pero de todos modos, esa gente con capas..."

(Rowling, J.K. (2001), *Harry Potter y la piedra filosofal*. Original de 1997. Trad: Alicia Dellepiane. 4ª.ed. Volumen 1. Barcelona. Ed. Salamandra. Págs. 9 a 12)